



DECIMOS "NO" A LA EMIGRACION

¡¡EXTREMEÑO!!

Si amas a tu tierra, si piensas que algún día si sientes que se podrás volver a ella. "junde mu pa dentro", Entonces, ten presente si vives sus problemas, que ya eres uno más entre nosotros; que son muchos!

¡¡VIVA EXTREMADURA!!

CORAZON DE EMIGRANTE

Corazón de emigrante, corazón de pobre al que los grandes le han encendido deseos de riqueza...

¡Corazón de emigrante! te mandaron a preparar el banquete y no te admitieron a la mesa; te mandaron servir los manjares, y no te dieron ni las migajas; te encendieron el hambre, y te negaron la comida...

Corazón de emigrante... ¡Qué ganas de ser rico te han creado! Corazón de emigrante... corazón partido, dividido, ansioso... siempre tocando lo grande... y siempre pobre.

Corazón de emigrante ¡Qué desnudo te han dejado... y qué cambiado!

Corazón de emigrante, corazón de oro del emigrante, ¿dónde estás?

Alvaro Ginel - Paris, diciembre 78

Reproducción del
BOLETIN INFORMATIVO
Secretariado de la
Comisión Episcopal de
Migraciones

Un regionalismo reivindicativo hasta donde sea necesario es un camino imprescindible para cortar la hemorragia migratoria. Dinamizar recursos personales y materiales. Una conciencia regional efectiva, menos verbalista y quejumbrosa, distinguiendo netamente lo que hay que exigir a los de fuera y lo que debemos aportar los de dentro y desde dentro. Una fantasía heroica, válida quizá en otros tiempos —la conquista de América— habrá que cambiarla por una imaginación creadora. Creadora de proyectos, de instituciones, de personas con talante de proyec-

ción social y de actitud de servicio. Eliminar todo cuanto divida a la región. Honestidad y competencia en sus políticos. Eficacia en la Administración. Dinamismo en la sociedad extremeña. Compromiso en su clase intelectual. Una juventud esperanzada y con horizontes. Una comunidad extremeña que cree, que aún es posible su salvación, invalidando el derecho a emigrar como aplicación concreta del derecho a revivir como único recurso.

Santiago PEREZ SIMON
Delegado Regional de C.E.M.

LOS ULTIMOS

narraciones

por Víctor Chamorro

Don Tomás bajó de su caballo, auscultó a María Asunción y pronunció la palabra "coma".

— ¿Se nos va? — musitó Rosario.

— Les dije que se marchasen. ¿No les avisé con tiempo? Ya todo es inútil.

En un trámite garrapateó sobre la receta, subió al caballo y se perdió por callejuelas de piedra y pizarra adomadas al sol y al zumbido de moscas verdosas en festín de higos.

Rosario recordaba las últimas palabras del médico, y respondía en voz alta recorriendo la casa en un trasiego inútil.

— "Al menos póngala en un lugar fresco."

— El emparrado, si señor.

— "Donde sea. Aquí entran las moscas a puñados."

— ¿Sabe usted cómo pesa ese cuerpo?

— "Y avise a los hijos"

— Al cura. El lo arreglará.

— "Múdela si no quiere, encima, una pulmonía."

María Asunción se recuperó de su último desmayo y clavó los ojos en un bulto borroso y oscilante.

— Rosario — musitó alargando un brazo nudoso que se escapaba de una tela sucia.

— Ama... (Dudó) Vino el médico — dijo controlando a duras penas su deseo de comentar que todo estaba perdido, que era tonto ir por las medicinas, avisar al practicante, más gastos, mejor enviar recado al sacerdote, y Dios dirá.

— Que venga el sacerdote — pidió María Asunción.

— En eso estaba yo.

— ¿Qué dijo el doctor?

— Habría que sacarla al emparrado.

— Si... Quiero despedirme.

— Daré recado a Manzano y a Tinín.

A instantes le sorprendía el fallo de una pulsación. Un vacío cruel que llenaba su cabeza de silencio. Pasada la crisis, María Asunción seguía dueña de sus recuerdos, en un esfuerzo visible en la ansiedad de unos ojos brumosos.

— Aldeacenteno — musitó recordando una alquería despeñada en un barranco, como si hubiese tropezado en su ascensión para caer en amasijo de adobes y pizarras.

Pese a los esfuerzos no recordaba donde estuvo antes. Llegó a Aldeacenteno acompañada de su padre, tío Florentino, un cuerpo en el que se habían cebado los reumas, caminando, trabajosamente tras de sus acémilas también achacosas. Y la niña, conmovida ante aquel afán heroico, pensó:

"Si le quito el arado, mucho habrá de arar."

Y pensó otra vez:

"Si le aro hoy, araré ya siempre."

Pero no podía dejar de pensar en arar si miraba a su padre: raíz de un extraño árbol, lodo reseco a punto de quebrarse y disolverse como el terrón de un surco.

— ¡Deja ya! Abandona eso, inútil.

— Atienda usted las cabras...

— Diablo de muchacha, que no obedece...

María Asunción no oía. Había golpeado con furia a la mula y al pollino, se arqueaba sobre el artefacto de madera, apretaba los riñones contra el timón crujiendo, tensaba el bulbuciente busto aplastándolo encima de sus brazos.

— Qué niña más enorme — musitó María Asunción.

— ¿Qué dice, ama? Ahora mismo la vamos a sacar.

El sol de agosto se colaba por un hueco del fresco palio. A María Asunción le gustó sentir el sol en el cuello, lambetada ardiente recorriendo el frío de unas carnes de invierno. Sus ojillos empujados por la luz se fijaron en la iglesia. Era una bendición poder contemplar aquella campana que parecía sostenerse, en la carcomida espantosa, con equilibrio de funambulista. Pero habla enmudecido. Eran ya lentos años sin escuchar toques de alegría, de dolor, de fuego; o de peligro en aquella lejana tarde en que llegaron los de la sierra precedidos por el mensaje de Angel, el pastor:

— Sólo quieren comida y mantas.

— Ni un ápice de nada — fue la contestación de Cosme, marido de María Asunción desde hacía un año y tres meses. — Por entonces la aldea sumaba el medio millar de vecinos, y se operó el prodigio: Todos unidos como piñones en la piña, como granos en la granada. Después podían sucederse meses de rencillas, años de odios, generaciones de envidias, venganzas heredadas por unos pastos sin escritura, impudicias inconfesables a causa de una moza, el agua de riego teñida de sangre por un azadonazo a deshora, ganado envenenado con cicuta, el monte ardiendo por la cerilla del que nada tenía. Pero hubo ocasiones — recordaba María Asunción — en que se produjo el milagro: como cuando la aldea se llenó de miedo, o

cuando murió algún niño, el último el de la Nica, si es que no me falla la memoria, mordido por víbora, el médico tardó, como siempre, andaba en otro pago, eso dijo, tras el monte, y por mucho que corrió el alazán, y por mucho desboque en la plazoleta, y espantarse las gallinas, ladrar el perrero, y bajar don Tomás hecho un horno, el maletín que se podía firmar con el dedo encima del polvo...

— Ya murió, don Tomás, ya murió... criaturita...

— Ama, ¿qué quiere? —preguntó Rosario.

— Ya le pudimos rajar y chupar...

— Desvarlos —susurró Rosario al oído de Tinín.

— Debí urgarle a la hierba con un palo... antes de beber... criaturita —musitó María Asunción, y luego sonrió en un gesto blando pensando que, en ocasiones, la aldea fue una sola familia como tantas veces recomendó el sacerdote: las puertas bien cerradas, fortalecidas con tablones y arcas, los hombres tras las ventanas con las armas cebadas, carburos y candiles apagados, y Cosme dando ejemplo encaramado en el campanario para hacer sonar el bronce, y sonó como un trueno, se oyeron disparos amortiguados por el eco de la campana, y bendito sea Dios, el único herido fue Cosme, un tiro en el sobaco, pero lo peor fue la caída que le destruyó un brazo, encima el derecho, el derecho sí, y aunque le pusieron remedios y se le taponó el desangre, y después yeso, y cuarenta días más tarde fuera el yeso, pero el brazo quedó como una rama mal podada, fue secándose, empujándose, un palo al final, y la chaqueta siempre por encima del hombro derecho.

“Si me hago cargo de la hacienda mucho habré de trabajar”, pensaba asistiendo a los esfuerzos de Cosme por limpiar el padrón, o viéndole arar la hembra y media.

— Déjame, que yo sé —dijo María Asunción.

— Que me den un tajo y quedar libre —lloró desesperado.

— No llores —le consolaba. Pero él no escuchaba ya aquel susurro emocionado pese a encontrarse cerca, a tiro de piedra, descansando en el contrahecho cementerio que María Asunción miraba con ojos familiares. No podía acercarse hasta la tumba con lápida, pero se contentaba mirando la arrugada pared, antaño blanca, y era como si Cosme anduviera muy cerca segando un brazado de hierbas, sacando unos nabos, como si tardara en llegar.

— No hable, ama.

— ¿Cuántos quedamos? —preguntó ávida.

— Media centena —contestó Rosario de memoria.

— Se muere la aldea. Campos vacíos. El amo decía que todos vivimos del campo —y el estertor la agotó.

— Volverán cuando les llegue la carestía —dijo Rosario sin convencimiento, para preguntar después con un atisbo de ilusión:

— ¿Volverá el cura, volverá la escuela?

— ¿Se marchó el Isaac? —preguntó a su vez María Asunción.

— Se marchó.

— Se lo dije y se lo dije: “No volverás a ver un pájaro, ni un árbol, ni el río. Sólo coches y humos”. El me contestó: “No será tan malo. Todos se van.”

— La luz, ama.

— La luz adecentó las callejas.

— Pero trajó la televisión. La vieron, y se fueron marchando.

María Asunción pidió una ciruela para quitar el amargor. Sobraban todos los ciruelos desvencijados y colmados, los cerezos de copas enrojecidas para banquetes de mirlos y oropéndolas, los eremíticos olivos para hartazgo de estorninos. Y María Asunción habló del hambre que hubo antaño: robos entre familias, Cosme y ella al menos contaron con tres cabras, pero amanecieron muertas, hinchadas, y ante aquella desgracia terrible, ella gritó:

“Tú no nos puedes tratar tan mal. No sé si lo sabes pero los pájaros se sacian, no respetan, se comen los garbanzos, los conejos se sacian, y mis cabras se han muerto.”

Meses después de esta oración compraron una vaca. Luego llegaron más vacas, llegaron los hijos.

— ¿Les diste aviso, Rosario? —jadeó.

— Vien de camino. Y el cura.

El sol descendía ensangrentado el poniente. En la maleza el grillo y la chicharra cantaban su monotonía. La noche cayó lenta, y María Asunción comenzó a sollozar. Súbitamente se hizo una luz tan blanca como ella nunca vio. Su desvencijado cuerpo se enderezó, recobrando la agilidad la parte derecha paralizada. Aquella carne vieja y aquellos huesos chirriantes se libraron de la gravedad, y ella ascendía sobrevolando las plateadas copas de los olivos, los rojizos cerezos, el mordido campanario. Y, a vista de pájaro, contempló algo tan bello que ella temía se transformase en una pesadilla fea: una aldea blanca, limpia, que no se estiraba raquítica en sus desesperadas ansias de beberse el riachuelo desangrado. Una aldea redonda alrededor de la plaza con fuente, la escuela, la algarabía de niños. Pero, como globo que se incendia, experimentó una loca caída, ser aspirada por un brutal vacío que le nació en el pecho, y caer vertiginosamente con la boca estrangulada por la axfisia.

Rosario, espantada, cerró los ojos glaucos, vacunos, y apretó un pañuelo para unir las mandíbulas. Después le venció la soledad y la noche. Perdió la cabeza. Gritaba por las callejas pensando que Manzano y Tinín estarían al llegar. Pensó en subir al torreón para golpear la campana. Gritó y gritó hasta la extenuación y el sollozo. Nadie acudía. El medio centenar de vecinos había sido su última mentira piadosa.

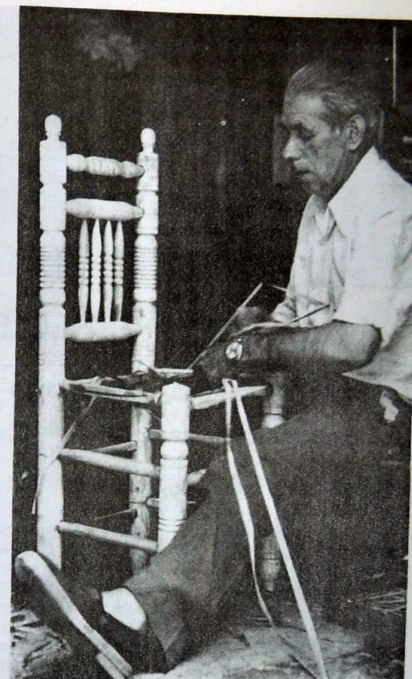
Victor Chamorro

fotografiando

ANGEL HERNANDEZ, extremeño, nacido en un pequeño pueblo de la Alta Extremadura: Gata. Cursó estudios de Magisterio en Cáceres y en la actualidad ejerce como profesor de E.G.B. en Londres.

La fotografía es su principal afición, el instrumento del que se sirve para expresar la chispa artística que, en algún momento, en todo ser humano se enciende.

Realizó estudios de fotografía en la escuela del C.E.I. (Centro de Estudios de la Imagen) —Madrid— adquiriendo en ella el dominio de las distintas técnicas de la cámara que, mezcladas en su imaginación artística, dan como resultado esta variedad de fotografías donde la estética se consigue plasmando en el negativo temas insignificantes o imágenes complicadas por medio del manejo de la máquina fotográfica.



AHORA es la HORA
de INVERTIR en EXTREMADURA
GRAN AREA DE
EXPANSION INDUSTRIAL